

por si las moscas

¡CUÁN reposante es este verano!

Estamos todos muy relajados. (Relajados de relax, porque al otro nadie se anima.)

Bobbie se apareció de biquini y con el crochet.

—No hay nada más fascinante que el punto cadenera —dijo.

—Ay, ¿le parece? —comentó Terencio—. Yo no te cambio por nada el telar. Estoy haciendo un cubrecama fucsia, divino.

—¡Pucha que son largas las tardes del verano! —dijo Macoco, que odia las nuevas distracciones—. A mí dame copas, mujeres y arena. Venir a Punta a hacer calcaeta, me revienta. ¿Qué hacemos hoy?

—Patricia nos invitó a jugar al te-te-ti en su casa —le contestó—. Después tenemos pensado comer milanesas fritas y naranjita.

—Haceme el favor, Mónica. ¿Dónde está el wisqui? ¿No se puede tomar nada más que porquerías azucaradas ahora?

—No protestes, gordo —dijo Terencio—. La consigna es: ambiente de picnic y veladas en la quinta o bomba. Elegí.

—Ayer vi dos turistas por Gorlero —dijo Bobbie—. Me dijeron que con lo que el gobierno uruguayo les regala piensan pagar lo que el gobierno argentino les saca. Y de paso se dan algunos baños.

—Dicen que Pacheco fue a Punta a saludar a los turistas porteños que vinieron. Para que parecieran más, les daba la mano dos veces a cada uno.

—Regio —añadió Terencio—. Yo odio las multitudes. Te digo una cosa: no sé cómo no se me ocurrió antes el guirre; ahora tenés la playa otra vez con caras conocidas. ¡Es tan feo bañarse solo entre el gentío!

—No me deprimas —replicó Macoco—. Yo estoy harto de jugar a las barajas y dormirme a las once de la noche. ¿No podemos ir a otro lado?

—Imposible —le contestó—. Hay una ola de secuestros en la Argentina.

—Está bien. ¿Y en el Brasil? En el Brasil hay playas fabulosas y casinos y mujeres sensacionales y boites y turismo a todo lo que da.

—Eso era antes. Hay terror en las calles y de noche nadie se anima a salir de su casa.

—No te vas a ir más lejos —aclaré—. Las playas chilenas y las peruanas están infectadas por los bolches.

—Me voy a Las Bahamas, entonces.

—Las Bahamas es lindo, no te voy a negar, pero está lleno de americanos que huyen de los disturbios raciales, de la contaminación de las aguas y de los impuestos.

—¿Qué querés decir con eso? ¿Que ya nadie disfruta del verano?

—Pero, gordo: no te pongas así. Lo que pasa es que vos no servís para la vida tranquila. Mirá como yo lo paso bestial con el telar. ¿No querés que te enseñe a manejarlo?

Macoco agarró el telar de Terencio y le dio una patada.

—Estás loco si pensás que yo voy a perder el tiempo así. Me voy a Montevideo.

—¿A trabajar? —preguntó Bobbie—. ¿A llevarle dólares? ¡Qué asco!

Macoco la miró de arriba abajo.

—Pero hay que embromarse: ¿qué clase de millonaria sos?

Bobbie bajó los párpados modestamente.

—Soy una millonaria recidiva.